

Jatunándi iba tambien á alejarse, pero Diegóchu, que habia desarrollado la bolsa de piel de perro y sacado de ella la pipa, le llamó ofreciéndole una pipada que Jatunándi no desdeñaba nunca.

—Jatunándi, hablemos como amigos, dijo Diegóchu: basta que pienses casar con Mari-Cruz, para que yo te tenga buena voluntad, pero por lo mismo que te la tengo, debo decirte que no me gustan nada tus retozos con la Cascabelera.

—Es que la Cascabelera es más guapa que Mari-Cruz.

—Pero Mari-Cruz es mujer de bien, y la Cascabelera, aunque lo sea, no lo parece. Hay un cantar que dice :

« De dos mujeres malas
nos libre Dios, amén :
de la que lo parece
y de la que lo es. »

Una sola cosa pudiera retraerte de casar con Mari-Cruz.

—¿Cuál, Diegóchu?

—No necesitas saberla, porque Mari-Cruz es incapaz de pegársela á nadie, y ménos á los curas ni á los frailes.

—Si le entiendo á V., que me ahorquen.

—Tú no entiendes más que de llenar la tripa.

—Quien por comer no se mata.....

—No está conforme con eso aquel refran que dice :

« Quien come para vivir,
se alimenta ;
quien vive para comer,
revienta. »

—Déjese V. de dichos de viejas, y dígame qué es lo que pudiera retraerme de casar con Mari-Cruz.

—El que Mari-Cruz fuera capaz de pegársela á su amo.

—¿Por qué?

—Porque hay un cantar que dice :

« La mujer que se la pega
á los curas ó los frailes,
se la pegará al demonio
si con ella se casare. »

—¡Já, já, já!! Sabe V., Diegóchu, que ese cantar merece aprenderse *de cabeza*, y particularmente cuando uno está tentado de casarse con una ama de cura?

—Pero cuando el ama de cura es como Mari-Cruz.....

Diegóchu se interrumpió al oír á Mari-Cruz, que le llamaba desde el linde del castañar.

—¿Qué hay, Mari-Cruz? contestó.

—Que el señor Rector desea que sin falta pesque usted esta tarde un par de truchas buenas.

—Díle al señor Rector que las tendrá sin falta para el anochecer, porque sé donde hay dos como besugos, que están tan seguras como si estuvieran en una pecera.

—Pues, adios, que hago mucha falta en casa, porque mañana tenemos á comer á un gran predicador del convento de Aránzazu.

—Pero, mujer, no vayas tan de prisa.....

—No puedo detenerme. Que las truchas no falten, Diegóchu.

—No faltarán. De tí estábamos hablando.

—¡Ustedes si que son buen par de truchas!

Así diciendo, Mari-Cruz se volvió á casa, y Diegóchu

y Jatunándi se separaron, dirigiéndose cada cual á la suya.

Diegóchu no echó en saco roto el encargo del señor Rector, pues al anoecer subió á casa de éste llevando dos truchas como dos salmones; y despues de haber sido obsequiado por el cura con un duro, y por Mari-Cruz con la consabida jarrilla de vino, acompañada de pan y nueces, salió encendiendo la pipa con un tizon que para ello y para alumbrarse tomó del hogar.

El señor Rector sabía las honestas relaciones amorosas de Mari-Cruz y Jatunándi, porque Mari-Cruz le habia dado noticia de ellas apénas las contrajo. El novio no le habia parecido ninguna ganga, pero le habia dado su aprobacion por razones análogas á las que Mari-Cruz habia tenido para darle el sí.

Jatunándi entraba con frecuencia en casa del señor cura, quien en manera alguna se oponia á ello, tanto porque su casa estaba siempre abierta á todos los vecinos, como porque sabía que Jatunándi no entraba en ella con más fin que el de llenar la tripa.

Diegóchu se dirigia á su casa con su pipa en la boca y su tizon en la mano, cuando se encontró con Jatunándi á quien dió noticia de las dos soberbias truchas que dejaba en casa del señor Rector.

Jatunándi, que andaba siempre buscando pretextos para ir á casa del señor cura, más (como éste pensaba) que para ver á Mari-Cruz, para sacar la tripa de mal año, se fué inmediatamente allá con pretexto de ver las truchas.

El señor cura estaba encerrado en su cuarto con la

suegra, es decir, con el Breviario, á que dan este nombre los eclesiásticos, segun dice el Diccionario de la Academia de la lengua española, que unas veces tiene la lengua demasiado corta y otras demasiado larga. Mari-Cruz estaba llorando, ó poco ménos, porque Diegóchu, al concluir la jarrilla, la habia hecho una amistosa advertencia que la llenó de dolor, con tanta más razon, cuanto que llovía sobre mojado.

—Mari-Cruz, le habia dicho Diegóchu con la mejor intencion, ya sabes que yo te quiero, porque pudiera moler el molino de Aitamárren con las jarrillas de vino que he recibido de tu mano. Pues oye un consejo: andate con cuidado con ese camueso de Jatunándi.

—¿Por qué me dice V. eso, Diegóchu? exclamó Mari-Cruz sobresaltada.

—Porque esta mañana, cuando nos viste juntos en el castañar de Berunza, acababa yo de sorprenderle allí retozando con la Cascabelera de Ondarra, que subia de Paulitúrri, y con quien cada vez está más encalabrinado.

—¡Gracias, Diegóchu! dijo Mari-Cruz saltándosele las lágrimas.

—Atale corto, que si no se te escapa, y ya no estás para gollerías, porque como dice el cantar,

«La mujer que á los treinta,
no tiene novio,
eche las esperanzas
con mil demonios.»

Cuando Jatunándi llegó, Mari-Cruz hizo un gran esfuerzo para disimular su pena, y puso, como siempre, buena cara á Jatunándi.

—Con que vamos á ver, le dijo éste, esas famosas truchas que Diegóchu ha pescado; pero no, mejor será que ántes de todo mires si tienes por ahí algo que echar á perder.

Mari-Cruz le sacó medio pan, medio queso y media azumbre de vino, que Jatunándi se echó entre cuero y carne en medio cuarto de hora.

—Ahora vamos á ver las truchas, dijo Jatunándi.

Mari-Cruz sacó en una fuente las dos hermosas truchas que tenía ya destripadas y preparadas para freirlas la mañana siguiente.

—¡En el nombre del Padre y del Hijo!..... exclamó Jatunándi santiguándose de admiracion; en mi vida he visto truchas más hermosas. ¡Si las pescáramos mañana unos amigos y yo en la merendona que vamos á tener en el castañar de Berunza!.....

—Qué, ¿no vas mañana á la romería? le preguntó Mari-Cruz sorprendida y disgustada.

—¡Qué romería ni qué jinojo! ¿Dónde hay romería como una merienda con vino hasta dejarlo de sobra?

—¡Mal haya el vinazo, que siempre estais soñando con él!

—Pero, mujer, ¿qué ha de hacer uno sino beber vino, en un pueblo como Cegama, donde no hay una mala fuente?

—Buena es el agua del rio.

—¡Cá! el agua del rio cria ranas.

—¡Eh, viciosotes! Con que ya ves que Diegóchu se ha lucido, porque las truchas son alhajas.

—¡Canario si lo son! ¡Lástima que se las coman curas y frailes!

—¡No, mejor fuera que se las comieran judíos como vosotros!

—Pues ya se ve que fuera mejor..... Mira, Mari-Cruz, ¿quieres dárme las para que mañana nos las comamos los amigos y yo en Berunza?

—¡Anda enhoramala con tus bromas!

—Pues, chica, te lo digo con formalidad. ¡Mira tú si en casa del señor Rector habrá con que reemplazarlas!

—Vaya, vaya, déjate de conversacion, dijo Mari-Cruz disponiéndose á volver las truchas á la despensa.

—Mira, no te molestes en guardarlas, replicó Jatunándi, porque es cosa decidida, me las llevo yo.

—Si, como no te lleves.....

—Te digo que me las llevo.

—¿Pero hablas de véras?

—Tan de véras como me he de morir.

—¡Vamos, tú te has vuelto loco ó quieres que yo me vuelva!

—Ni lo uno ni lo otro. ¿Me das las truchas ó tronamos para siempre?

—¿Qué es lo que dices, hombre de Dios?

—Lo que digo es que si me das las truchas me caso contigo ántes de un año, y si no me las das, ántes de un año me caso con la Cascabelera.

—¿Pero no ves, hombre, que es imposible?....

—Yo siempre he oido decir que no hay imposibles para el que quiere.

—¿Pero con qué cara le digo yo al amo?.....

—Al amo le dices, pongo por caso, que el gato se las ha comido.

—Sí, replicó Mari-Cruz, esforzándose para dar un giro alegre á aquella triste conversacion, para que me suceda lo que á la criada del cuento.

—¿Y qué le sucedió á esa criada?

—¡Una friolera! La mandó su ama á comprar tres libras de carne, y de las tres sisó dos. Como lo conociese su ama, se disculpó con que el gato las habia comido. Entónces su ama pesó al gato, y resultó que el gato sólo pesaba libra y media.

—Chica, cuenta tú un cuento mejor urdido que ese, y verás como el Rector y el fraile se le tragan.

Al decir esto, Jatunándi cogió las truchas y tomó con ellas escalera abajo, sin que todos los ruegos y reflexiones de Mari-Cruz bastáran á detenerle.

Mari-Cruz tuvo tentaciones de decir á su amo la verdad de lo que habia pasado ; pero por primera vez de su vida no se atrevió á decírsela.

Pensó si Diegóchu podria coger por la mañana otro par de truchas como aquellas, pero recordó que Diegóchu le habia dicho que todas las que quedaban en el riachuelo eran chiquitas.

Pensó otra porcion de cosas, y ninguna le satisfizo, hasta que se decidió por primera vez á idear un embuste, por cuyo medio ella quedase bien con su amo, y su amo no quedase mal con el fraile. Lo que más la animó á ello fué el recuerdo del refran que dice : «Una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta.»

¡ Qué dia tan esperado y tan hermoso es en las aldeas, y particularmente en las vascongadas , el de la fiesta titular!

Ese hermoso dia habia llegado para Cegama la mañana de su fiesta de San Bartolomé.

El cielo estaba azul, pero empezaba á soplar el viento del sur, querido de las castañas y las boronas que sazonan á su cálido soplo. El dia, con sol radiante y viento castañero, era muy caluroso.

Las campanas se deshacian repicando á misa mayor, y la concurrencia de forasteros de Guipúzcoa, de Navarra, de Alava, de Vizcaya, y áun de veraneadores madrileños, era tal que Diegóchu decia en plena plaza, chupa que chupa su pipa y pensando en el dineral que aquel dia iban á dejar en Cegama los forasteros :

—Si de esta hecha la señora villa no planta en medio de la plaza una fuente de las muchas y buenas que hay en sus cercanías, es seguro que algun perro rabioso la ha mordido, porque de otro modo no se explicará el aborrecimiento de la señora villa al agua.

La misa mayor comenzó con gran solemnidad y con la iglesia llena de gente, que temía ahogarse de calor.

Cuando el predicador subió al púlpito, todos temieron que no pudiera resistir la sofocante atmósfera del templo, tanto más, cuanto que el Padre Cándido era tan grueso como el señor Rector, y todos veían que el señor Rector, como suele decirse, sudaba tinta.

El sermon fué bueno, bueno y retbueno, porque el Padre Cándido era, en efecto, hombre que lo entendia. Cuando el predicador, á propósito de la desollacion del glorioso apóstol San Bartolomé, la emprendió con los hombres barbados que, convirtiéndose en miserables mujerzuelas, se entretienen en desollar con la lengua á todo

vicho viviente, y cuando á propósito de las predicaciones del apóstol, tomó por su cuenta á los que predicán integridad y liberalismo y son capaces de robar el copon y doblar á palos al sursumcorda si los contradice, el efecto fué magnífico en un par de bribones de Cegama, que se entretenían habitualmente en desollar, con sus murmuraciones, á los vecinos más laboriosos y honrados de la villa y sus cercanías, y en otro par de veraneadores madrileños que debían comer ajos cuando se picaban, pues así éstos como aquéllos parecían quererse tragar con la vista al Padre Cándido, cuando predicaba contra los murmuradores y los pseudo-liberales.

El Padre Cándido no podía ya con su alma cuando bajó del púlpito, y tuvo que retirarse inmediatamente á su posada, es decir, á casa del señor Rector.

Mari-Cruz, que había oído temprano la misa del Padre Cándido, estaba en casa atareadísima con las faenas culinarias. Cuando vió llegar al predicador tan sofocado, se asustó creyendo que llegaba enfermo, pero el Padre Cándido se apresuró á tranquilizarla.

—No te asustes, Mari-Cruz, dijo el buen religioso, que esto no es más que una muestra de los sofocones del infierno. Vengo á ver si me das algo con que me temple un poco.

—Pierda V. cuidado, Padre Cándido, que le voy á hacer á V. un refresco con que se quedará como una lechuga, contestó Mari-Cruz, poniendo manos á la obra.

La obra fué un buen vaso de agua fresca con dos azucarillos bien disueltos con la rotación entre las dos palmas de la mano de una caña cascada por el extremo infe-

rior, y el adimento de una copa no sé si de ron ó aguardiente anisado, porque en materia de líquidos alcohólicos soy tan topo, que sólo entiendo de chacolí y sagardúa.

El Padre Cándido desocupó el vaso á traguitos, que es como hay que desocuparle en estos casos si ha de producir buen efecto, y á los dos minutos estaba tan fresco y tan guapo y con mucha gana de conversacion.

—¿Y cómo te va, Mari-Cruz, con el señor Rector?

—Perfectamente, Padre Cándido.

—El Rector es un bendito de Dios, ¿no es verdad?

—¿Que si lo es? Si todas las gentes del mundo fueran como él, ya podían VV. los predicadores mudar de oficio.

—Y el pícaro se conserva sanote y fuerte como un roble.

—Gracias á Dios no tiene un dolor de cabeza, y si no fuera por la manía esa que le quedó cuando estuvo enfermo hace años.....

—¿Manía? Ah, ya, la de gastar cuanto tiene en limosnas. Mujer, eso no es manía, que es una de las más santas obras de misericordia.....

—Pero, Padre Cándido, si no me refiero á eso.

—¿Pues á qué, mujer?

—¿Qué, no sabe V. la manía del pobre señor amo?

—No sé que tenga ninguna.

—¡Alabado sea Dios! Pues no hay en Cegama quien no la sepa.

—Ya, pero como yo no soy de Cegama.....

—Tiene V. razón.